

Los tres signos del discernimiento monástico (RB 58, 7)¹

1. Alguien se presenta en la puerta del monasterio y pide para entrar. Si se le interroga acerca de sus motivos, sucede que él responde: «Siento un llamado», o bien: «Sueño con la vida monástica desde mi infancia». Saca un papel de su bolsillo: «He aquí una recomendación de parte de tal o cual...». Uno lee esta carta que lo recomienda: «Sí, este valiente joven es piadoso, hace obras...». Estas respuestas son demasiado generales. ¿Qué crédito se les puede dar?

No alcanza tampoco con decir, como lo habremos leído en los libros, que uno «busca a Dios». ¿Todo cristiano no está llamado a «buscar a Dios» por el solo hecho de su vocación bautismal? ¿Todo cristiano no está llamado a la santidad? El concilio Vaticano II ha titulado el capítulo V de la Constitución *Lumen Gentium*: «La vocación universal a la santidad». He aquí un texto capital:

«Todos los fieles, pues, en todas las condiciones, trabajos y circunstancias de su vida, y por todo ello, se santifican aún más cada día, si reciben todo con fe de la mano del Padre celestial, y si cooperan con la voluntad divina, manifestando a todos, aún en el servicio temporal, la caridad con la que Dios ha amado al mundo».

Si la vida en el mundo ofrece tales posibilidades de santidad, ¿no

¹ Traducido de *Collectanea Cisterciensia* 56 (1994), pp. 110-115. El Autor es monje benedictino de la Abadía de Maredsous, Bélgica. La versión castellana es de la Hna. María Graciela Guarilla, osb (Abadía de María Madre de la Iglesia, Uruguay).

se necesitan motivos proporcionalmente graves para abandonar este gran camino y soñar con aventuras? Este motivo grave no puede ser sino un llamado personal por parte de Dios (RB Pról. 14ss.).

2. Es exactamente lo que piensa San Benito. Su primera preocupación es «poner a prueba los espíritus para ver si son de Dios» (RB 58, 2). La cuestión es pues saber si es realmente de parte de Dios que vienen a golpear a la puerta del monasterio para entrar en él, o bien si no será para huir más o menos inconscientemente de las dificultades de la vida en el mundo. No alcanza pues con afirmar que uno está cansado de la vida en el mundo; es más necesario aún probar lo que uno quiere verdaderamente. Es por esto que la *Regla* le cierra la puerta del monasterio durante algún tiempo: «Reflexionen. ¿No será que se equivocaron de puerta? ¿Saben a qué se comprometen? En todo caso, no estamos apremiados para reclutar candidatos» (RB 58, 3).

Pero el que llega persevera y vuelve a golpear a la puerta; insiste. Se le concede entonces pasar unos días en la hospedería (RB 28, 4). Estos pocos días le son ofrecidos a propósito por el responsable del noviciado para informarse acerca de sus aptitudes humanas y hacerle las preguntas indispensables: su edad, su salud, su formación, su profesión, su familia, su experiencia de la vida, su conocimiento y su práctica religiosa, la presencia o ausencia de impedimentos (soltero, divorciado, padre de familia...), y ¿qué pide él al monasterio? Estas entrevistas permiten desde ya esbozar el perfil de este huésped que desea su admisión. Pero no son más que palabras, y las palabras pueden ocultar muchas ilusiones, sueños de ideal, proyectos irrealizables, motivaciones escondidas en el inconsciente. No podemos quedarnos en esto.

3. Para descartar toda ambigüedad, la *Regla* «designa a un anciano, apto para conquistar las almas, que velará sobre los novicios con extrema atención» (RB 58, 6). El texto latino es fuerte: *qui super eos curiose intendat*. No cualquiera debe pues ocuparse de hacer este discernimiento. Ninguna improvisación, ninguna incompetencia pueden ser admitidas en este trabajo delicado y difícil. Es por esto que la *Regla* precisa cuáles son sus propios criterios de autenticidad. El anciano examinará con cuidado:

«Si el novicio busca verdaderamente a Dios, es decir, si es solícito para el servicio de Dios, para la obediencia, si es solícito para

Es allí exactamente hacia donde debe dirigirse la atención del responsable para llegar a un verdadero discernimiento de vocación monástica. Los términos son precisos, claros y sobre todo concretos, pues el discernimiento se orienta hacia el comportamiento del novicio, examinado desde tres ángulos diferentes.

¿Qué significa «buscar verdaderamente a Dios» en el pensamiento de San Benito? Él responde a esta pregunta desde la primera línea del capítulo 58: «El novicio es el que viene al monasterio para cambiar de vida». Se pueden leer numerosas páginas exaltantes sobre este tema en los libros de espiritualidad monástica. Pero el texto de la *Regla*, en su concisión, no se propone aumentar el saber; él desea precisar el querer: «Mi amigo, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Vienes a cambiar de vida, para vivir de un modo diferente que en el mundo? ¿Vienes a vivir, según la *Regla*, de la vida de los monjes? Es un camino duro y áspero, muy distinto al de la vida en el mundo» (RB 58, 8).

Por lo común un novicio se hace una imagen de la vida monástica a partir de sus encuentros o sus lecturas. Esta imagen puede ser teóricamente exacta; su única insuficiencia es que se trata de una imagen pintada sobre las nubes. Ella debe ser confrontada con la realidad situada en un determinado monasterio, que tiene ya una historia, donde vive una comunidad de desconocidos. Sucede que un novicio se escandaliza de lo que constata poco a poco. San Benito, por su parte, sabe que se encuentra frente a seres que no se habrían elegido nunca, pecadores, quienes no obstante logran vivir juntos, estimarse y tejer entre ellos los lazos de una agradable fraternidad.

4. El postulante ingresa en el noviciado de esta comunidad. «Tiene su lugar en la casa donde él medita, come y duerme» (RB 58, 5). ¿Sobre qué debe meditar? Sobre temas religiosos ciertamente (RB 8, 3; 48, 23). El anciano también le hará reflexionar sobre lo que él vive, sobre su capacidad para dedicarse con solicitud a sus obligaciones monásticas. «Con solicitud», y no arrastrándose de hora en hora, de ocupación en ocupación.

La solicitud, el celo, la generosidad, el fervor, la diligencia, son cualidades que la *Regla* exige al monje casi en cada página, desde el prólogo hasta el último capítulo. El texto abunda en verbos activos: despertarse, erguirse, levantarse, correr, cazar, combatir, militar, pro-

gresar... La negligencia y la pereza no son una falta más entre otras: ellas son particularmente odiosas, pues falsean el comportamiento monástico en su esencia misma, puesto que su verdad incluye la solitud, el ardor, un entusiasmo sostenido. Un novicio indolente no se convertirá jamás en un monje enérgico. Lo que no aparece durante el noviciado, ¿podrá aparecer más tarde? Sería deseable esperarlo, pero no podemos contentarnos con conjeturas, con probabilidades; tenemos derecho a exigir certezas. Ellas serán dadas si se tiene en cuenta los tres signos enumerados por RB 58, 7.

5. El primer signo: «Si el novicio es solícito para el servicio de Dios». ¿Es asiduo al Oficio divino? Por supuesto, pero también a la *lectio divina*, a la oración íntima, al estudio de las cosas de Dios y de la religión. ¿Es capaz de convertirse en un profesional de la vida de fe y por lo tanto más que un *amateur*? ¿Está dispuesto a dejar que Cristo se convierta en el Señor de su vida más íntima, desde la mañana hasta la noche de cada día?

La experiencia mayor de la vida monástica es la de la oración. La RB es un buen testimonio de ello. Como la oración de todo cristiano, la del monje no es una actividad puramente natural y espontánea. Es a la vez una actividad de las funciones superiores, de las cuales se tiene conciencia, y de la intervención del Espíritu Santo, del cual naturalmente no se tiene conciencia. La oración requiere una fe viva y un aprendizaje. Debe ser objeto de una enseñanza y de una iniciación práctica. ¡Qué desdicha oír a alguien decir, dejando su comunidad después de 20 años: «En verdad yo no he orado nunca personalmente y nunca nadie me lo enseñó». ¡Es enloquecedor! Abandonar la oración a la improvisación, a la buena voluntad, es dejar en barbecho una tierra que, cultivada, sería fecunda. Hoy, más que antes, de todos los horizontes nos llegan vientos cargados de gérmenes y efluvios pseudomísticos. Vivimos en el «tiempo de los paganos» (Lc 21, 24).

Habiéndose generalizado la ignorancia religiosa, apenas poseemos los elementos de base de la fe cristiana. ¿Cómo proceder para darse cuenta del nivel de los conocimientos religiosos de un postulante? No es difícil: que comente, objetivamente y por escrito, los artículos del *Credo* o las peticiones del *Pater*, rápidamente seremos esclarecidos, y él mismo tomará conciencia de la magnitud de su saber. A la ignorancia se le suma la confusión de los géneros. Se confunde espiritualidad con intelectualidad, lectura universitaria de un texto con lectura espiritual, meditación con compilación de textos sobre un mis-

mo tema, etc. No podemos evidentemente fiarnos de ciertos títulos atrayentes inventados por los editores de obras religiosas.

La primera solicitud concierne al corazón más que a la inteligencia, o, si se prefiere, la inteligencia del corazón, la fe del corazón, pues «es el corazón quien siente a Dios». Es por ello que difícilmente le es posible a un novicio decir en términos claros y precisos las razones que lo han empujado a venir al monasterio. Estas razones no le serán inteligibles quizás hasta más tarde, cuando hayan sido secretamente confirmadas por la experiencia rigurosa de la verdad monástica.

6. El segundo signo: «Si es solícito para la obediencia». Esta solicitud concierne a la docilidad de la voluntad. Dejemos de lado los relatos de «trabajos inútiles» que, según parece, la antigua costumbre imponía al novicio para probar su maleabilidad. Pero ¿tiene un espíritu de escucha, un alma de discípulo, según *Isaías 50, 4: Cada mañana el Señor despierta mi oído para que yo escuche como discípulo*, y *Jeremías 15, 16: Cuando tus palabras se me presentaban, yo las devoraba, eran para mí la alegría y el gozo de mi corazón*? La docilidad monástica es pues más amplia que la simple capacidad de obedecer una orden particular, medida por un objeto definido. ¿Somos capaces de abandonar nuestra propia manera de comprender y de conducir nuestra vida monástica? Si somos testarudos y siempre dueños de la razón, ¿seremos capaces de alcanzar la dulzura de la tercera bienaventuranza?

El novicio se encuentra en un marco de vida real, en una comunidad real, bajo la dirección de un anciano también real: ¿es lo bastante dócil como para deslizarse sinceramente en este nuevo condicionamiento de su vida personal? Es verdad: una persona, quienquiera que sea, posee siempre de antemano su estructura de pensamiento, sus hábitos espirituales, un cierto pasado inscrito en su memoria: no se puede borrar todo y no se trata en absoluto de hacerlo, puesto que es imposible. Pero ¿somos capaces de entrar dócilmente en el espíritu de una comunidad que figura en los mapas, que tiene un pasado, una manera propia de vivir el ideal monástico? ¿Somos lo bastante dóciles de espíritu y de voluntad como para someter nuestro amor propio a una autoridad exterior por un simple motivo de fe?

Supongamos una personalidad algo fuerte o dominadora. El anciano deberá aclararle e indicarle las sordinas que deberá poner a su espíritu de emprendimiento, si éste es indiscreto o prematuro. Ciertos temperamentos son lo suficientemente flexibles como para sentirse a

gusto rápidamente en cualquier comunidad. Quizás se acompañen de la docilidad de espíritu. Pero será necesario procurarles ocasiones que pondrán en evidencia la naturaleza monástica de su solicitud para la obediencia. Así se podrá, oportunamente, distinguir entre instalarse, adaptarse, integrarse.

7. El tercer signo: «Si es solícito para las humillaciones». No vayamos a imaginar bromas degradantes y estúpidas. Abramos el Evangelio. Jesús de Nazaret es el Mesías de los humildes; su primera bienaventuranza es para los humildes; lo que él entiende por humildad, no lo ha dicho en una parábola, lo ha demostrado con sus actitudes, con su gesto de lavar los pies de sus discípulos. ¿Somos solícitos para servir a nuestros hermanos, para ceñirnos el delantal del servidor? ¿Somos lo bastante humildes como para aceptar fatigas sin rezongar, para cumplir pequeños servicios sin decir nada, para reparar torpezas o negligencias sin buscar nuestra propia coronación?

En una comunidad el trabajo se encuentra ya ordenado, organizado. Sucede que alguien, ni bien comienza el juego, rehusa tal trabajo y luego tal otro; al contrario, él propone innovar, considera los cambios, redacta informes. Puede ser que sus críticas sean justas (RB 41, 5). Una mirada de quien viene desde afuera puede destacar lo que no se ve desde adentro, porque ronroneamos en el nido de nuestras costumbres. San Benito se ha dado cuenta (RB 61, 4). Pero, en lo que concierne a la formación del novicio mismo, falta que provea la prueba visible de que él es, en sí «solícito para las humillaciones», que ha abandonado el espíritu de dominio por el espíritu de servicio.

La falta de apertura a los otros, un cierto egocentrismo prolongado más allá de los límites de la infancia, son síntomas que necesitan remedios apropiados, que el noviciado puede proveer sin que sea necesario recurrir a los psicólogos, y lo mismo a los psiquiatras y a los psicoanalistas. La *Regla* toma a veces la apariencia de una farmacopea, por ejemplo en el capítulo 28. ¿Pero no sería más sensato, hallándose en presencia de psiquismos perturbados, guiarlos hacia la puerta de salida y que ellos mismos se dirijan a los especialistas de estas enfermedades?

8. La *Regla de los monjes* en el cap. 58, 7 tiene pues indicados los tres signos que decidirán «si verdaderamente un novicio busca a Dios».

- Estos tres signos son infalibles; ellos no engañarán a nadie. Forman una especie de trampa que no podrá jamás franquear un novicio

que quiera permanecer «fiel al espíritu del mundo», como estos sarabañas que San Benito desprecia (RB 51, 6-9).

- Estos tres signos, luminosos como el día, demuestran públicamente a toda la comunidad que «este novicio viene al monasterio para cambiar de vida» (RB 58, 1). Habiendo sido puesto a prueba como el oro en el crisol, él ha soportado la prueba de la *Regla*, maestra de experiencia (RB 1, 6); ha sido sometido a los rigores y a las asperezas de la formación monástica (RB Pról. 47; 58, 8).

- Estos tres signos son eficaces, al punto de llegar a la total certeza que este futuro monje «no sucumbirá jamás a la sugestión diabólica de dejar el monasterio» (RB Pról. 48; 58, 28).

- Estos tres signos funcionan juntos, pero según un orden de preferencia que varía de un alma a otra. El legislador de la RB 58, 7 los enumera según el orden que él les da: en primer lugar la solicitud del corazón para el servicio de Dios, luego la solicitud del espíritu para la docilidad de la obediencia, por último la solicitud del cuerpo para el servicio de los hermanos. Sin embargo, si recordamos la advertencia del Apóstol Juan, la tercera solicitud se convierte en la más significativa: *En efecto, ¿cómo aquél que no ama a su hermano a quien ve, puede amar a Dios a quien no ve?* (1Jn 4,20).

- Estos tres signos no aparecen de la noche a la mañana ni bien se ingresa al noviciado. El anciano, aquel que es «apto para conquistar las almas» (RB 58, 6), debe ocuparse de suscitarlos. Él entrenará a sus novicios a fin de que se entreguen alegremente a estos tres empeños y que ellos los tomen como hábito. El sentido de la vida monástica se da en el correr de uno o dos años. Si el noviciado no es «significativo», aunque se agreguen meses y años, no se obtendrá la conversión profunda y la convicción inmovible, que son los rasgos específicos del «fortísimo linaje de los cenobitas» (RB 1, 13). A menudo no se hará más que postergar su desenlace previsible, que dejará una herida tanto más dolorosa si el novicio ha estado durante más tiempo acunando ilusiones.

- Estos tres signos gozan de un fundamento teológico. El primero está ligado al amor de Dios con todo su corazón; el segundo al nacimiento del hombre nuevo mediante el bautismo; el tercero está ligado al amor del prójimo como a sí mismo.

El anciano Horacio veía avanzar sus años irreparablemente y se lamentaba. El monje, contrariamente al pagano, tendría más bien la

tendencia de alegrarse, pues él se apresura hacia la patria celestial (RB 73, 8). Corre directo hacia la meta, sabe adonde va, sabe bien lo que quiere, como lo que no quiere más. ¿Es que un buscador de oro se entretiene recogiendo margaritas?

Abbaye de Maredsous

B-5537 Denée

Bélgica